

pleaba; porque tenia por máxima que un solitario, libre de todo otro cuidado, debe entregarse á ellos mucho mas que los que viven en comunidad. Dedicábase desde el amanecer hasta tercia á copiar libros, pues tenia entre otras habilidades la de escribir bien y muy de prisa. Desde tercia hasta sesta rezaba el Salterio, estando de pie delante de una cruz y haciendo frecuentes genuflexiones: y de sesta á nona estudiaba sentado la Santa Escritura y los Santos Padres. Despues de rezar nona y visperas salia de su celda para pasearse y recrearse, contemplando al Señor en sus criaturas. Sentábase á la mesa despues de puesto el sol, y comia unas veces un pedazo de pan seco, y otras unas yerbas cocidas ó alguna fruta sin pan, segun la estacion del año. Era su única bebida el agua y esto en corta cantidad y con medida: su mesa una piedra, su plato un cascote, y su silla y su lecho la dura tierra: en una palabra, amaba tanto la pobreza, que carecia de silla, cama, cofre, y aun de saco, á escepcion de su vestido hecho en forma de saco de un tegido de pelo de cabra, y sujeto con una cuerda que le servia de ceñidor. No tenia hábito para mudarse, de suerte que no se lo quitó de dia ni de noche por espacio de un año entero, á pesar de la grande incomodidad que le causaba. No dormia de noche mas que una hora, despues de la cual rezaba segunda vez el Salterio, y luego decia las oraciones de los nocturnos y maitines. Pasó muchas Cuaremas sin tomar mas alimento que la Comunión. No bebió por espacio de un año sino una sola vez al mes; pero abandonó este género de austeridad, no por mitigar la sed, que no le incomodó mas que los ocho primeros dias, sino para evitar la reseccion de los pulmones.

En medio de una vida tan extraordinaria tuvo varios discípulos que usaron de

una especie de violencia para permanecer en su compañía, porque tenia todas las delicias en la soledad y en el perfecto desprendimiento de todos los cuidados y distracciones. Como no conocia otro placer que el de conversar con Dios, affligiale el trato de los hombres, y solia decir que viviendo con ellos se pierde en vez de progresar en la virtud. Llegó su primer compañero á fastidiarse despues de unos principios tan fervorosos, y pretendió darle motivo para que se enfadase. Pero Nilo dijo con dulzura: «Hermano mio, Dios nos ha llamado á la paz. Si no puedes ya sufrirme, ¿por qué te detienes aqui? Márchate á donde quieras.» Al retirarse al desierto este discípulo inconstante habia llevado tres monedas de plata, y el santo le obligó á que las diese al punto á los pobres. «Vuélveme mi dinero, le dijo con arrogancia, y me marcharé.» A lo que respondió Nilo: «Hermano mio, dame una seguridad competente por medio de un escrito que pondrás en el altar, y yo te lo devolveré al punto.» Quiso ver el compañero cómo saldria Nilo de aquel apuro cuando carecia hasta de un maravedí, é hizo lo que le habia propuesto. Corrió Nilo á pedir prestada esta suma al monasterio de Castel, y para pagarla copió tres veces el Salterio en doce dias. El mal solitario se ausentó con su dinero y murió de alli á muy poco tiempo.

Como los sarracenos no cesaban de hacer continuas correrias en el pais en que estaba la gruta del Santo, marchó este á establecerse cerca de Rosana en un sitio cuya propiedad le pertenecia, y que se convirtió poco á poco en un monasterio numeroso. Mas nunca quiso tomar el título de egúmeno ó de abad, procurando que esta dignidad recayese siempre en otros. En todo el discurso de su vida quiso mas bien obedecer que mandar, y era para él una mortificacion oír que le daban el nombre de maestro.

Ofreciéronle grandes riquezas, pero se negó constantemente á admitirlas porque no queria que sus discípulos tuviesen nada mas que lo indispensable para vivir. «Hermanos míos, les decia con frecuencia usando de las palabras del Salmista (1), seréis dichosos mientras vivais con el trabajo de vuestras manos. Todo el mundo bendecirá al Señor viendo que lo poseeis todo sin tener nada.»

Un dia que estaba en Rosana, fueron á visitarle Teofilacto, metropolitano de Calabria y un caballero llamado Leon, hombres de talento é instruccion, acompañados de otras personas respetables, de magistrados, eclesiásticos y de mucha gente del pueblo, y le preguntaron acerca de varios puntos de la Escritura, no tanto por instruirse como por probarle. Trataron del número de los escogidos, el que sostuvo el Santo, segun el Evangelio, que era muy reducido. La multitud al oír esto, exclamó: «no es asi, porque de ese modo en vano habriamos sido bautizados, en vano participariamos del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, y de nada nos serviria tener el nombre de cristianos.» Nilo, admirado de que el arzobispo no contuviese estas voces, replicó con modestia: «¿qué responderéis si os hago ver que San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Efrén, San Teodoro Studita, San Pablo y los Evangelistas dicen lo mismo que yo? Sin duda no osariais oponeros á todas estas reglas de nuestra creencia, porque esto seria declararse hereges, y en tal caso os apedrearia el pueblo.» Mezclando despues los sentimientos patéticos con las pruebas: «¿de qué modo, añadió, viven en estos tiempos perversos la mayor parte de los cristianos, para que el mayor número de ellos pueda heredar el reino de los cielos, á donde no entra ninguna cosa manchada?» Insistió con tanta fuerza en este principio, que quedaron

consternados todos los circunstantes, y empezaron á exclamar: *¡ay de nosotros los pecadores!*

Sin embargo, uno de ellos tomó la palabra y dijo: «Padre mio, yo quisiera saber si Salomon se condenó ó salvó (1).» Conociendo Nilo que el que le hacia esta pregunta era un hombre de malas costumbres, le respondió: «Yo quisiera saber, no cuál fué la suerte de Salomon, sino cuál será la tuya. ¿Qué nos importa á ti y á mí el destino de aquel sabio, que fué juguete de sus pasiones? Para nosotros está escrito: *cualquiera que mira á una muger con espíritu de concupiscencia, ha cometido ya un adulterio en su corazon* (2).» No bastó esta respuesta para contener la curiosidad de un clérigo, que se levantó y dijo: «Padre mio, ¿de qué árbol tomó Adán la fruta que comió en el paraiso terrenal?» Corrigiendo Nilo con la mofa la ridiculez de la pregunta, respondió, que de un manzano silvestre; y como se riesen todos á careajadas: «¿cuál es, les dijo, el motivo de vuestra risa? La respuesta es conforme á la pregunta. En vez de pensar en la causa por qué perdimos el Paraiso y en los medios de recobrarle, me preguntais el nombre de un árbol. Si os lo dijese, me preguntariais al momento si era grande ó pequeño, cuál era el color del tronco, la figura y quizá el número de las hojas, curiosidad muy digna sin duda de que la razon eterna la hubiese dejado satisfecha.»

Cuando llegó á Constantinopla la reputacion de las virtudes y de la sabiduria del Santo, formaron empeño de atraerle á aquella capital; mas el temor con que miraba al mundo y á sus falsos honores le obligó á negarse á unas instancias que le parecian muy peligrosas. Mucho mas terror le causó el designio que habian formado de encum-

(1) Ps. 127, 2.

(1) Vit. p. 82.

(2) Math. cap. 5, v. 28.



brarle á la Silla arzobispal de Rosana despues de la muerte de Teofilacto. Estando ya en camino los magistrados y los principales del clero para sorprenderle y obligarle á ocupar aquel puesto, se adelantó uno que no conocia su carácter, juzgando darle una noticia grata. Nilo le agradeció su atencion, y aun le obsequió segun sus facultades; pero sin perder un punto se fugó á los montes, permaneciendo oculto en ellos hasta que cansados todos los ciudadanos de buscar y esperar, eligieron por fin otro arzobispo.

Invadieron los sarracenos algun tiempo despues las cercanias de Rosana, y habiendo aprisionado á tres monges de San Nilo, los llevaron á Sicilia. El Santo practicó grandes diligencias para rescatarlos, y reunió cien piezas de oro, que envió en un macho con un hermano de su confianza. Habló el emir con respeto de la virtud del Santo: mandó que le presentasen los monges cautivos, los colmó de honores y quedándose solamente con el macho, los envió con el dinero de su rescate y muchos regalos: además de esto les dió una carta para Nilo, concebida en estos términos: «Tú tienes la culpa de que tus monges hayan sido maltratados. ¿Por qué no has querido que yo te conozca? Te habria enviado un salvo-conducto, con lo que hubiera estado seguro tu monasterio. Si quieres avis-tarte conmigo, podrias establecerte aquí en el lugar que mas te agradase, y yo te trataria con todo favor y respeto.»

El hombre de Dios se resolvió al contrario á abandonar la Calabria, por haber sabido proféticamente que toda aquella provincia habia de ser muy en breve asolada por los musulmanes; y figurándose que estaria menos honrado entre los latinos que entre los orientales, se dirigió á Cápua, donde se vió espuesta su modestia al mayor peligro. Habia resuelto el príncipe Pandulfo

con los principales de la ciudad nombrarle su obispo, y no hubiera podido librarse de ello á no haber muerto el príncipe en estas circunstancias. Fué á visitar el monasterio de Monte-Casino, y salió á recibirle toda la comunidad en procesion con velas encendidas, con incensarios y con los ornamentos reservados para los dias de fiesta. Poco despues el abad Aligerno y sus principales monges le llevaron al monasterio de Valdelucio, dependiente de Monte-Casino, y se le entregaron por recomendacion de los magistrados de Cápua. Obligáronle despues á que fuese al monasterio grande con toda su comunidad, que pasaba de sesenta monges, y que en él celebrase el oficio nocturno en griego. Luego que se concluyó el oficio, fueron á verle todos los religiosos latinos para tomar lecciones de un solitario tan perfecto, y se llenaron de admiracion al observar que estaba muy versado, no solo en el conocimiento de los libros ascéticos, sino tambien en las obras mas profundas de los Padres de la Iglesia. Uno de aquellos hombres que se tienen por chistosos y gustan de alambicar todas las cosas, le dirigió la palabra, y le dijo: «Padre mio, ¿qué mal puede haber en comer carne siquiera una vez al año?» — «¿Y qué mal puede haber (replicó el Santo) en que despues de haber pasado todo el año sin dar ninguna caida, tropieces el último dia y te rompas las piernas?»

En los quince años que vivió San Nilo en el monasterio de Valdelucio consiguió con su prudencia, su doctrina y sus eminentes virtudes aquel alto grado de aprecio entre todos los grandes de Italia de que resultó mas de una vez que su mediacion fuese muy útil á pueblos enteros. Mas habiéndose llenado de riquezas aquella casa, vió que los monges se separaban de su primitiva observancia. Salió entonces de Valdelucio y buscó un sitio en que la esca-

sez les obligase á conformarse con el desprendimiento, y donde solo pudiesen subsistir con el trabajo de sus manos. No quiso admitir por esta razon las ofertas de muchas ciudades que le prometian riquezas y aun monasterios en buen estado. «La vida cómoda y libre de cuidados, decia, no es útil á los monges de estos tiempos, quienes en los ratos ociosos no se entregan á la oracion, á la meditacion y á la lectura de los libros santos, sino á curiosidades peligrosas, á discursos vanos y á malos pensamientos. El trabajo vence todos estos peligros y una infinidad de males. No hay cosa mejor para los monges que comer el pan con el sudor de su rostro.» No conformándose con esta severidad algunos hermanos, se quedaron en Valdelucio, de donde fueron espulsados muy pronto por su independencia, por sus discordias y por su disolucion. Encontró Nilo con los otros cerca de Gaeta un lugar desierto, árido y estrecho, que le agradó por lo mismo y le movió á fijar en él su residencia. Nada tenían allí al principio; pero en breve tiempo el trabajo les suministró con abundancia todo lo que necesitaban. Extraordinario era el gozo que sentia el santo en aquel asilo pacífico, donde no habia ningun objeto que le estorbaba pensar en Dios. Absorbía muchas veces de tal modo este pensamiento todas sus facultades, que no oía á las personas que le hablaban. Cuando volvia en sí de su éstasis y le preguntaban qué era lo que le habia sucedido: «ya soy viejo, hijos míos, respondia; está poco firme la cabeza y no sé lo que me hago.»

Su quietud se turbó en este amable retiro con la noticia de la intrusion de su compatriota Filagato en la Silla apostólica. Al punto que supo esta usurpacion sacrilega, escribió al usurpador amonestándole á abandonar la gloria peligrosa de este mun-

do, y buscar el descanso inocente de la vida solitaria. Cuando despues le dijeron que Filagato habia sido preso y tratado del modo que hemos visto, entonces lleno de dolor y de consternacion, juzgó que debia interponer su valimiento, y marchó á Roma, á pesar de la circunstancia del santo tiempo de Cuaresma, de su avanzada edad y de una enfermedad aguda que entonces le atormentaba. Sabiendo el emperador Othon y el Papa Gregorio que iba á llegar, salieron á su encuentro: le cogieron cada uno de una mano y se la besaron, le llevaron al palacio pontificio y le dispensaron la honra de darle asiento en medio de los dos. El siervo de Dios, suspirando á vista de unos honores que solo podian ser tolerables á la fuerza de la caridad que le habia impelido á hacer aquel viaje, les dijo lloroso y confuso: «en nombre de Dios os pido que no me trateis así. Soy el mas desdichado de todos los pecadores, y un viejo medio muerto é inútil, que no debe hacer mas que postrarse á los pies de vuestras dignidades supremas. No he venido á que me honreis, sino á socorrer al desgraciado que os sacó de pila á uno y á otro, y al cual habeis privado de la vista. Os pido me le entregueis para que venga á sepultarse en la oscuridad de nuestro retiro y lloremos juntos nuestros pecados.»

El emperador, enternecido hasta el extremo, vertiendo copiosas lágrimas, accedió á lo que pedia Nilo; pero el Papa, irritado sin duda al ver lo mal recompensada que habia sido su clemencia con Crescencio, hizo que paseasen á Filagato por toda la ciudad con el vestido lleno de girones, y puesto en un asno mirando hácia la cola (1). Abandonóse Nilo entonces al exceso de su dolor, é inflamándose su celo exclamó: «Pues no se compadecen del que ha puesto

(1) Petr. Damian. lib. 1 Epist. ep. ult. ad Cadal.



Dios en sus manos, tampoco se compadecerá de sus pecados el Padre celestial.» (1) Salió al punto de la ciudad con los hermanos que le acompañaban, estuvo andando toda la noche, y llegó al otro día á su monasterio.

Habiendo entretanto celebrado en Roma el emperador la fiesta de la Pascua, que en este año de 998 fué el 17 de abril, trató de apoderarse del patricio Crescencio en el castillo de Sant-Angelo, donde vivia encerrado aquel rebelde. Valióse para esta expedición de un alemán llamado Thamma, hombre cuya habilidad se ponderaba mucho y que tenia toda su confianza. Mas como la fortaleza pasaba por inconquistable, suplió Thamma el arte con el artificio y la traición, ofreciendo seguridad á Crescencio bajo la fé del juramento, con anuencia del emperador y del Papa; y sin embargo que se rindió el patricio, mandó Othon que se le cortase la cabeza el 29 de abril; castigo merecido sin duda por el perturbador de la Iglesia, pero que le fué impuesto faltando á la fidelidad del juramento.

Subleváronse por este mismo tiempo los tiburtinos, despues de haber quitado la vida á su duque Mazolino; pero San Romualdo, mas feliz que San Nilo, logró por ellos hacer la paz con el emperador. Este ilustre solitario, de la casa de los duques de Ravena, conocido ya en las dos Hesperias, á las que habia admirado con la austeridad de su vida y con su celo por la disciplina regular, gobernaba entonces la abadía de Classe que Othon III, muy adicto al estado monástico, le habia dado para establecer en ella la reforma (2). No consiguió reducir á aquellos monges relajados al camino estrecho de la perfección, y juzgando que él

(1) Vit. p. 154.

(2) Vit. per Petr. Dam; Bolland. die 7 febr.; Act. Bened. saec. VI, pag. 281.

mismo se relajaba allí, se presentó delante de Tibur para devolver el báculo pastoral al emperador, renunciando la abadía en presencia del arzobispo de Ravena. Los tiburtinos, estrechados fuertemente por el emperador, estaban ya para rendirse, y Romualdo les hizo tomar la resolución de someterse demoliendo una parte de sus murallas y entregando el asesino del duque Mazolino á la madre de este caballero; mas al propio tiempo logró de esta señora el perdón. También convirtió en Tibur al alemán Thamma, que habia engañado á Crescencio con un perjurio, y le convenció á que abandonase todas las ventajas del favor extraordinario que gozaba con Othon para abrazar la vida monástica.

El talento propio de Romualdo consistia en inspirar á los grandes el temor de Dios, y convertir los pecadores mas obstinados. Habia obligado ya al duque de Venecia, Pedro Urseolo, sugelo de gran piedad y de costumbres verdaderamente cristianas, á hacer penitencia de lo que en una revolución de su república habia contribuido á la muerte de su predecesor; el duque dejó su muger y su hijo para ir, acompañado de un noble veneciano, á encerrarse en el monasterio de San Miguel de Cuxa, en el Rosellon, donde murió en olor de santidad (987). Por la misma virtud de las palabras terribles que salian de la boca de Romualdo, concibió un temor tan vivo de los juicios de Dios el conde Oliban, caballero principal de España y reo de crímenes enormes, que dió á su hijo la posesión de sus bienes y dejó su país para ir á tomar el hábito monástico en Monte-Casino. Esta virtud rígida de Romualdo le hizo superior al miedo excesivo que habia tenido en otro tiempo á su padre. Llamábase Sergio y era de un carácter interesado y violento; y despues de haber muerto por sus propias manos á un pariente suyo, con motivo de un prado, sobre cuya

posesión pleiteaban, habia amenazado á su hijo con que le desheredaria porque no podia este disimular el horror que le causaba semejante asesinato. Sergio concibió despues un vivo arrepentimiento de su delito, y tomó el hábito en el monasterio de San Severo cerca de Ravena. Mas despues de algun tiempo vaciló en su resolución y quiso volver al siglo. Los monges participaron esta novedad á Romualdo, quien se hallaba á la sazón en el monasterio de Cuxa ó Cusan en Cataluña. Marchó al punto descalzo y con un bastón en la mano, llegó á Ravena, se presentó á su padre que estaba ya para salir del camino de Dios; y usando de una conducta muy distante de las reglas ordinarias, pero justificada por el éxito que tuvo, le aprisionó y le trató con dureza, hasta que volvió á su vocación primera. Sergio manifestó mucha docilidad y no tardó en morir santamente.

El emperador mismo dió muestras de una entera condescendencia á los consejos de Romualdo. Descubrióle francamente las llagas de su alma, y despues fué en peregrinación con los pies descalzos desde Roma á San Miguel del monte Gargano. No faltaron razones para creer que Othon se habia convertido sinceramente; pues pasó en el monasterio de Classe toda la Cuaresma del año 999, ayunando y cantando, en cuanto podia, en los divinos oficios, llevando el cilicio debajo del oro y la púrpura, y durmiendo encima de una estera regada con sus lágrimas, al lado de la cama magnífica que le estaba preparada. Romualdo le aconsejó despues que abrazase la vida monástica. «Lo haré, dijo, cuando haya reducido á los romanos á tribuarme la obediencia que me deben.»—«¡Ah Señor! replicó Romualdo, si regresais á Roma, no vereis otra vez á Ravena.» En efecto, como luego se verá, no tuvo tiempo Othon para cumplir su promesa.

Al volver del monte Gargano, pasó al monasterio de San Nilo, é instó al Santo para que le pidiese cuanto quisiera con la confianza de un padre que hablaba á su hijo (1). El siervo de Dios contestó poniendo la mano en el pecho del emperador: «Nada tengo que pedir sino la salvación de vuestra alma. No obstante de que sois emperador, morireis como el último de los hombres y dareis cuenta de todas vuestras obras.» Othon lloró al oír estas palabras, y despojándose de la corona quiso recibir la bendición del Santo antes de ausentarse. Quejáronse despues los monges de que Nilo no hubiese admitido á lo menos un monasterio del príncipe; y él les contestó: «confieso que he hablado como un necio; pero el suceso os dirá si vosotros tenéis mas razón que yo.» Cuando supieron de allí á poco tiempo la muerte de Othon, se quedaron admirados del conocimiento casi divino de su santo maestro.

Conociendo Nilo que se aproximaba su muerte, y sabiendo que el príncipe de Gaeta se habia esplicado ya sobre el designio que tenia de trasladar su cuerpo á la ciudad luego que espirase, para que todo el país tuviese en él un defensor, acordó ir á morir en un sitio desconocido. Temia en tal extremo que le reputasen por Santo, que solia fingir defectos, y algunas veces se mostró impaciente y colérico; de modo que engañó á los que no habian formado una idea perfecta de su santidad. Juzgando vivir incógnito en las cercanías de Frascati, se retiró á aquel país, no lejos de un pequeño monasterio de griegos fundado en honor de Santa Agueda. Mas Gregorio, conde de Frascati, á pesar de lo muy desacreditado que estaba con motivo de sus violencias é injusticias, le buscó y le dijo mostrándose á sus pies: «Yo no soy digno de que

(1) Vit. S. Nil. pag. 155.